

6. DOS PRECURSORES DEL YO-PIEL: FREUD, FEDERN

Freud y la estructura topográfica del Yo

Releyendo a Freud, me sorprende, como ha sorprendido a la mayor parte de sus sucesores, ver cómo las innovaciones que ellos propusieron se encuentran en germen ya en él, como pensamientos figurativos o como conceptos prematuramente esbozados y después abandonados. Voy a intentar demostrar cómo lo que la primera descripción dada en 1885 por S. Freud de lo que llamará, en 1896, el «aparato psíquico» (1) es una anticipación del Yo-piel gracias a la noción, abandonada posteriormente e inédita durante toda su vida, de las «barreras de contacto». Seguiré la evolución de Freud hasta una de sus últimas descripciones del aparato psíquico, la de «El bloc maravilloso» (1925), y me esforzaré en hacer evidente allí el paso a un modelo topográfico, cada vez más depurado, de referencias anatómicas y neurológicas, que requiere el apoyo implícito y tal vez originario del Yo en las experiencias y las funciones de la piel.

Sin duda, por su cultura y su espíritu científico, Freud piensa en términos de aparato, palabra que en alemán y en español significa tanto un conjunto natural como uno fabricado con piezas o con órganos para realizar un uso práctico o una función biológica. En los dos casos, el aparato en cuestión (en cuanto realidad material) está organizado por un sistema subyacente, realidad abstracta que preside la disposición de las partes, que dirige el funcionamiento del conjunto y que permite que los efectos buscados se reproduzcan. Como son, tomando de Freud los ejemplos sobre los que se apoya, un aparato eléctrico o un aparato óptico en el caso de los aparatos concebidos para el hombre y el aparato digestivo o uro-genital si se trata de los aparatos pertenecientes al organismo vivo. Una de las ideas nuevas de Freud fue estudiar el psiquismo como un aparato y concebir este aparato como articulador de sistemas diferentes (es decir, como un sistema de subsistemas).

El aparato del lenguaje

En 1891, en su primera obra publicada, *Contribution à la conception des aphasies*, Freud forja la idea y la expresión de *aparato del lenguaje* (2). Criticando la teoría de las localizaciones cerebrales entonces reinante, se inspira explícitamente en los caminos evolucionistas de Hughlings Jackson: el sistema nervioso es un «aparato» altamente organizado que, en estado normal, integra los «modos de reacciones» correspondientes a «etapas anteriores de su desarrollo funcional» y que, bajo ciertas condiciones patológicas, libera modos de reacción de acuerdo con una «involución funcional» (trad. fr., p. 137). El aparato del lenguaje conecta dos sistemas (Freud habla de «complejos», no de sistemas), el de la representación de palabra y el que denominará, a partir de 1915, la representación de cosas y que en 1891 son para él las «asociaciones del objeto» o la «representación del objeto». El primero de estos «complejos» es cerrado (o cercado), mientras que el segundo es abierto.

Reproduzco a continuación la figura 8 del libro con el comentario de Freud (*ibid.*, p. 91):

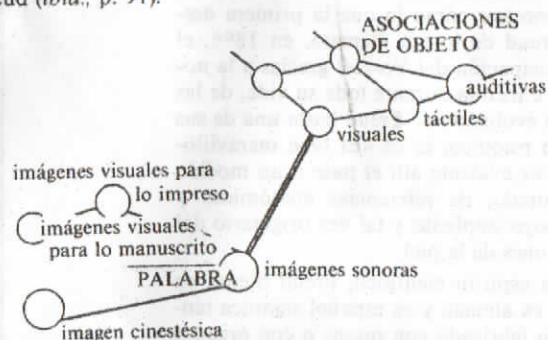


Figura 8.—Esquema psicológico de la representación de palabra.

«La representación de palabra aparece como un complejo representativo cerrado, la representación de objeto, por el contrario, como un complejo abierto. La representación de palabra no conecta con to-

(2) *Sprache apparatus*. «Aparato para hablar» es la traducción de J. Nassif (Freud, *l'Inconscient*, edicions Galilée, 1977, p. 266 y sig. El capítulo III está enteramente consagrado al comentario del libro de Freud sobre la afasia). M. Vincent y G. Diatkine proponen «aparato de lenguaje» (traducción con adición de notas, Instituto de Psicoanálisis, París). C. Van Reeth conserva la de «aparato del lenguaje» en su traducción francesa (aparecida en 1983) de la obra de Freud sobre la afasia; mis citas se ciñen a esta traducción.

das las partes que constituyen la representación de objeto, sino únicamente con la imagen sonora. Entre las asociaciones de objeto, son las visuales las que representan el objeto de la misma forma que la imagen sonora representada la palabra. Las relaciones de la imagen sonora verbal con las otras asociaciones de objeto no están indicadas (5).

Evidentemente, también el aparato del lenguaje reposa sobre un esquema neurológico. «Para representarnos la construcción del aparato del lenguaje nos basamos en la observación de que dichos centros del lenguaje son contiguos, hacia el exterior (en el borde), a otros centros corticales importantes para la función del lenguaje, en tanto que delimitan, hacia el interior (nuclearmente), una región que no se prueba por la localización y que probablemente es también un campo del lenguaje. El aparato del lenguaje se nos revela como una parte continua del cortex en el hemisferio izquierdo, entre las terminaciones corticales de los nervios acústicos y ópticos, y la de los haces motores del lenguaje y del brazo. Las partes del campo del lenguaje, contiguas a estas tareas corticales, adquieren —con una limitación necesariamente indeterminada— la significación de centros del lenguaje en el sentido de la anatomía patológica y no en el de la función» (*ibid.*, pp. 115-116).

Las lesiones situadas en esta periferia separan uno de los elementos asociados a la palabra de sus conexiones con los demás; éste no es el caso de las lesiones situadas en el centro.

Es éste el esquema psicológico que permite a Freud ver con claridad el esquema neurológico y clasificar las afasias en tres tipos:

- la afasia verbal, en la que sólo las asociaciones entre los elementos de la representación de palabra son las que están perturbadas (este es el caso de las lesiones periféricas con destrucción completa de uno de los supuestos centros del lenguaje);
- la afasia asimbólica, que separa la representación de palabra de la representación de objeto (la lesión periférica en este caso entraña una destrucción incompleta);
- la afasia agnósica, que afecta al reconocimiento de los objetos y en la que, como rebote, la incitación a hablar está perturbada por la agnosia (es éste un desorden puramente funcional del aparato del lenguaje, consecutivo a una lesión situada en el centro).

(5) Las asociaciones (acústicas, visuales, táctiles...) del objeto constituyen la *representación de objeto*. En 1915, en la última parte de su artículo sobre *El inconsciente*, Freud modifica su terminología y a partir de aquí hablará de *representación de cosa*, siempre como oposición a la representación de palabra, reservando la expresión de *representación de objeto* al resultado de la combinación *representación de cosa* y *representación de palabra*.

Del trabajo teórico de Freud sobre el aparato del lenguaje voy a retener tres rasgos importantes en la evolución de su pensamiento: el esfuerzo para separar el estudio del lenguaje de una estrecha correlación, término a término, con los datos anatómicos y neurofisiológicos y para buscar la especificidad del pensamiento verbal y del funcionamiento psíquico en general; la necesidad de clasificación ternaria (los tres tipos de afasia son el preludio del aparato psíquico); y una intuición topográfica original y de rico porvenir: lo que funciona como «centro nupuesto» se encuentra situado en la «periferia».

El aparato psíquico

En 1895, en los *Estudios sobre la histeria* escritos en colaboración con Breuer, Freud utiliza todavía los términos corrientes de «organismo» y de «sistema nervioso» (6). En el «Proyecto de una psicología científica» en 1895, diferencia el «sistema nervioso» (7) en tres sistemas que corresponden a tres tipos ficticios de neuronas, los sistemas ϕ , ψ , ω , con el papel clave de «barreras de contacto» entre los sistemas ϕ , ψ , ω ; y el conjunto forma el «aparato ϕ, ψ, ω », protegido del exterior por una pantalla para-cantidades constituida por los «aparatos de las terminaciones nerviosas».

En *La interpretación de los sueños*, publicada en 1899 pero con fecha de 1900, Freud introduce la expresión original de «aparato psíquico» (8). Se la había comunicado ya a Fliess el 6 de diciembre de 1896, relacionándola con su trabajo anterior sobre la afasia y, más precisamente, con el hecho de que la memoria emerge de un sistema psíquico diferente de la percepción, poseyendo no uno sólo, sino varios registros de los acontecimientos (el «rearrreglo» de los trazos constituye una «reinscripción»). Este aparato psíquico está compuesto de tres sistemas que Freud generalmente llama instancias (9) (*Instanz*); consciente, pre-consciente e inconsciente, cuyas interacciones particulares parten de un hecho topográfico, esto es, están separadas por las dos censuras, y de una diferencia de finalidad, es decir, obedecen a principios de funcionamiento distintos.

La propiedad esencial de este aparato —aparato del lenguaje; aparato ϕ, ψ, ω ; aparato psíquico— es establecer asociaciones, conexiones

(6) Treinta años más tarde, en la última frase de este libro, en su reedición de 1925, reemplaza significativamente *Nervensystem* por *Seelenleben* (vida psíquica).

(7) La traducción francesa lo llama «sistema neurónico».

(8) Freud escribe indistintamente *psychischer* o *seelischer Apparat* (aparato psíquico o mental).

(9) La *Standard Edition* ha elegido para la traducción inglesa el término de *agency* (agencia) por razones que están expuestas en el Prefacio general (S.E., I, XXIII-XXIV).

y uniones. El término de «asociación» se repite frecuentemente en la monografía sobre la afasia, texto arduo en el que no es fácil distinguir entre el empleo de dicho término, en el sentido de conexiones nerviosas, y el de asociaciones de ideas tan apreciado por la psicología empirista inglesa (10).

La evolución teórica de Freud es concomitante no sólo con la de sus intereses clínicos, sino también con la de sus técnicas terapéuticas con sus pacientes neuróticos. En la época del aparato del lenguaje practica la electroterapia y la contrasugestión hipnótica. El aparato ϕ, ψ, ω es contemporáneo del paso del método catártico (expuesto en los *Estudios sobre la histeria*) al de la concentración mental con la eventual imposición de las manos sobre la frente del paciente despierto. El aparato psíquico se concibe, poco más o menos, al mismo tiempo que la palabra —y la noción— de «psicoanálisis» que instaura el método de la asociación libre y que introduce, como uno de los dinamismos de la cura, la interpretación de los sueños y de las formaciones inconscientes análogas. Estoy sorprendido de ver cómo la doble arborescencia dibujada por el esquema psicológico de la representación de palabra de 1891, podría servir para formar la red de la libre asociación verbal en el pre-consciente y el desdoblamiento de ésta en dos direcciones, la de la conciencia (donde se convierte en un sistema abierto) y la del inconsciente (donde compone un sistema cerrado).

Durante treinta años este esquema, de una doble arborescencia disimétrica, permanece como uno de los modelos implícitos de las conceptualizaciones y de la práctica de Freud. «Más allá del principio del placer» (1920) y «El Yo y el Ello» (1923) marcan la ruptura con este esquema: para representar el aparato psíquico la doble arborescencia deja paso a la imagen y a la noción de una vesícula, de una envoltura. Se ha desplazado la atención de los contenidos psíquicos conscientes e inconscientes al psiquismo como continente. «El bloc maravilloso» (1925) termina de precisar la estructura topográfica de esta envoltura y de confirmar implícitamente el apoyo del Yo sobre la piel. En el intervalo, el manuscrito enviado a Fliess en 1895 continúa la inversión epistemológica iniciada por Freud en su monografía sobre *La afasia*: el aparato psíquico (a punto de ser denominado como tal) no es sólo un sistema de transformación de fuerzas; la disposición relativa de los subsistemas que lo componen define un espacio psíquico cuyas configuraciones específicas permanecen aún, en el espíritu y la imaginación de Freud, muy dependientes de los esquemas anatómicos y neurológicos antes de encontrar su asiento topográfico en la proyec-

(10) Por lo que yo conozco, no existe en Freud un estudio sólido sobre esta cuestión. Tal estudio podría demostrar cómo Freud pasa de las concepciones neurológicas y psicológicas del término a la noción propiamente psicoanalítica de las asociaciones libres.

ción de la superficie del cuerpo, en cuyo fondo emergen como figuras significantes las experiencias sensoriales.

Las barreras de contacto

En el «Proyecto de una psicología científica», enviado a Fliess el 8 de octubre de 1895 e inédito hasta su muerte, Freud elabora una noción nueva, la de «barrera de contacto» (*Kontaktsschrank*), que no utilizará después en ninguno de sus textos publicados y que, hasta ahora, únicamente Bion ha retomado con importantes modificaciones (11). El concepto es sorprendente: es la paradoja de una barrera que cierra el paso porque está en contacto y porque, por esta razón, permite el paso parcialmente. Aunque Freud no lo explicita, parece que se ha inspirado en el modelo de la resistencia eléctrica. Este concepto pertenece a la especulación neurofisiológica, apreciada por él durante el período de juventud científica y que abandona casi definitivamente con el descubrimiento del complejo de Edipo en octubre de 1897. A partir de 1884, Freud afirma que la célula y las fibras nerviosas constituyen una unidad anatómica y fisiológica, revelándose así como precursor de la teoría de la neurona, elaborada en 1891 por Waldeyer. De forma parecida, la noción de barrera de contacto, en 1895, anticipa la de sinapsis enunciada por Sherrington en 1897. Noción que se inventa para responder a necesidades teóricas.

La psicología científica, tal como Freud sueña entonces fundarla sobre el modelo de las ciencias fisicoquímicas, parte de las dos nociones fundamentales de cantidad y de neurona. Es ésta la ciencia de las cantidades psíquicas y de los procesos que les afectan, por ejemplo, la conversión histérica, las representaciones hiperintensas de las neurosis obsesivas. En cuanto a las neuronas, obedecen al principio de la inercia, es decir, tienden a desembarazarse de las cantidades. La crisis histérica es un ejemplo de abreacción, casi refleja, de una importante cantidad de excitación de origen sexual, que no ha sido descargada de otra forma. «Este proceso de descarga constituye la función primaria de los sistemas neuronales» (Freud, S., 1895 a; S.E. I, p. 297; O.C., I, 212) (12). Pero el organismo elabora actividades:

(11) En el capítulo 8 de *Aux sources de l'expérience* (1962), Bion llama barreras de contacto a la frontera entre el inconsciente y el consciente. El sueño es su prototipo; sin embargo, éstas se producen también en estado de vigilia. Esta frontera está en perpetuo proceso de formación. Consiste en un acercamiento y multiplicación de elementos alfa. Pueden ser simplemente aglomerados o pueden tener una cohesión o pueden estar ordenados en un orden cronológico, lógico o geométrico. La pantalla beta es su contrapartida patológica.

(12) En la continuación de este capítulo, las referencias a la traducción francesa se refieren a *La naissance de la psychanalyse*, Paris, P.U.F., 1956.

- que son más complejas que las simples respuestas reflejas a los estímulos exteriores;
- que corresponden a las grandes necesidades vitales internas (hambre, respiración, sexualidad),
- y cuya puesta en funcionamiento requiere un almacenamiento previo de ciertas cantidades.

Esta complejidad creciente, al servicio de la satisfacción de las necesidades vitales, se llama vida psíquica. Reposa sobre la función secundaria del sistema nervioso que es la de «soportar una cantidad almacenada» ¿Cómo lo consigue este sistema? (13).

Mientras que las neuronas son permeables (transmiten las cantidades recibidas del mundo exterior y dejan pasar las corrientes), las neuronas son impermeables; pueden estar vacías o llenas; la extremidad que pone en contacto unas con otras está dotada de una barrera de contacto que inhibe la descarga, retiene la cantidad o no le deja más que un «paso parcial o difícil»: estos son «los contactos que funcionan así como barreras» (S.E., I, p. 298; O.C., p. 214). Las propiedades de las barreras de contacto son numerosas y capitales para el funcionamiento psíquico.

1) Son las que retienen las cantidades. O, empleando un término de Bion, son «contenedores» de energía que así se hace disponible para el sujeto.

2) Son órganos simples y maleables; las barreras de contacto aceptan una abertura que hace que, la próxima vez, una excitación más pequeña pueda atravesarlas; de esta forma se hacen cada vez más permeables.

3) Restablecen la resistencia después del paso de la corriente; aunque se haya establecido una abertura total, persiste cierta resistencia idéntica en todas las barreras de contacto; de esta forma, cualquier cantidad que esté presente no circula; una parte permanece retenida; ellas son destensoras de energía.

4) Como consecuencia, pueden repartir la cantidad así controlada de acuerdo con diferentes vías de conducción; son repartidores de energía: «Un estímulo no poderoso sigue una vía distinta que otro débil. De tal manera, la vía ϕ única se traducirá por el hecho de catectizar varias neuronas en ψ en lugar de una sola así, cantidad en ϕ se expresa por complejidad en ψ »... (S.E., I, 314-315; O.C., I, p. 226-227).

(13) Doy las gracias a Jean-Michel Petot que, con su estudio minucioso de los textos, me ha ayudado a redactar el pasaje siguiente sobre las barreras de contacto.

Y Freud evoca nuevamente, como caso particular de esta propiedad general, la ley de Fechner (que establece que la sensación varía como el logaritmo de la excitación). Un aumento cuantitativo se traduce en cambios cualitativos que amortiguan los aumentos de intensidad primitiva y que producen cualidades sensibles cada vez más complejas.

5) Su resistencia tiene un límite. Son abolidas temporalmente, incluso duraderamente por la irrupción de cantidades elevadas. Este es el caso del dolor que, como consecuencia de una excitación sensorial de cantidad elevada, pone en movimiento el sistema φ , transmitiéndose sin ningún obstáculo al sistema ψ . Este dolor, «como el resplandor del rayo (*blitz*), deja tras de sí aberturas permanentes e incluso borra por completo la resistencia de las barreras de contacto» (S.E., I, 307; O.C., I, 221).

6) Pero «puede haber dolor en donde los estímulos exteriores son débiles, caso en el cual aparece siempre vinculado con una solución de continuidad; es decir, que un dolor se produce cuando cierta cantidad (Q) externa actúa directamente sobre las terminaciones de las neuronas φ , sin mediación de los «aparatos de las terminaciones nerviosas» (*ibid.*). Las barreras de contacto son, pues, protecciones de segunda línea que para funcionar requieren la intervención en primera línea, al menos en relación con el exterior, de un «para-cantidades» (*Quantitätsschirme*) cuya ruptura abre la vía al desbordamiento cuantitativo de las barreras de contacto. En efecto:

«Las neuronas φ no terminan libremente en la periferia, sino a través de formaciones celulares, siendo éstas y no dichas neuronas las que reciben los estímulos exógenos. Estos «aparatos teleneuronales» —en el sentido más amplio del término— bien podrían tener la finalidad de impedir que las cantidades exógenas (Q) incidan con las de su intensidad sobre φ , sino que sean previamente atenuadas. En tal caso cumplirían la función de «pantallas de cantidad» (Q), que sólo dejarían pasar fracciones de las cantidades exógenas (Q).

«Con ello concordaría el hecho de que el otro tipo de terminaciones nerviosas —el que las terminaciones libres, sin órgano teleneuronal— sea, con mucho, el más común en la periferia interna del cuerpo. Allí parecen ser innecesarias las pantallas de cantidad (Q), probablemente porque las cantidades (Qn) que allí son recibidas no necesitan ser reducidas al nivel intercelular, dado que de por sí ya se hallan en ese nivel» (S. E., I, 306; O.C., I, 220).

Se trata de una estructura disimétrica. Aunque Freud no habla aún de envoltura psíquica, se la presiente y se la describe como un ajusta-

miento de dos capas, una capa externa («para-cantidades»; cf. la membrana celulósica de los vegetales, el cuero y las pieles de los animales), y una capa interna (la red de «barreras de contacto»; cf. los órganos sensoriales de la epidermis, o la funda cortical). La capa interna está protegida de las cantidades exógenas pero no lo está de las cantidades endógenas.

7) El para-cantidades (que Freud llama «para-excitación» (*Reizschutz*) a partir de «Más allá del principio del placer», en 1920) protege al aparato nervioso (que pronto Freud llamará psíquico) de la intensidad de las excitaciones de origen externo; se mantiene como una pantalla. Las barreras de contacto reciben lo que esta pantalla ha dejado pasar de la excitación interna, por una parte, y, por otra, también reciben directamente las excitaciones de origen interno (relacionadas con las necesidades fundamentales). Su función no es ya de protección cuantitativa, sino de fraccionamiento de la cantidad y de filtraje de la calidad. Su estructura ya no es la de una pantalla, sino la de un «tamiz» (*Sieb*). La articulación entre la pantalla y el tamiz ofrece, recurriendo a una terminología más moderna, la estructura de una red de mallas. La figura 13, dibujada por Freud en el manuscrito del «Proyecto de una psicología para neurólogos», esboza esta configuración que Freud describe explícitamente como una estructura de ramificaciones, que se presenta como una variante de la parte de la derecha del esquema de la representación de palabra de 1891.

He aquí el pasaje del texto de Freud que se refiere a esta figura:

«Aquí parece actuar un dispositivo especial que, una vez más, mantiene la cantidad (Q) apartada de φ . Las vías sensitivas de conducción en φ poseen, en efecto, una estructura peculiar, ramificándose continuamente y presentando vías de variable grosor que concluyen en numerosos puntos terminales, lo que quizá tenga el siguiente significado (fig. 13).

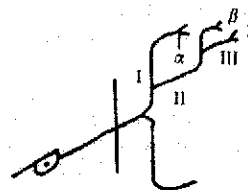


FIGURA 13

«Un estímulo más poderoso sigue una vía distinta que otro más débil. Así, por ejemplo, Qn^1 recorrerá únicamente la vía I y en el punto terminal α transmitirá una fracción de ψ . Qn^2 (es decir, una cantidad dos veces mayor que Qn^1) no transmitirá en α una fracción dos veces mayor, sino que podrá pasar también por la vía II, que es la más delgada, y abrirá un segundo punto terminal hacia ψ (en β); Qn^3 abrirá la más delgada de las vías y transferirá asimismo por el punto terminal (véase la figura). De tal manera que la vía ϕ única quedará aliviada de su carga y la mayor cantidad se traducirá por el hecho de catactizar varias neuronas en ψ , en lugar de una sola.» (S. E., I, 314-315; O. C., I, 226-227)

Todo esto se refiere al tratamiento de la cantidad. Pero las barreras de contacto tienen igualmente por función la de tratar la calidad, lo que propiamente es su función de filtrado. Las estimulaciones externas poseen, además de la cantidad, un período característico (S. E., I, 313, nota 2; O. C., I, 225, nota 102), en el cual se atraviesa los aparatos de las terminaciones nerviosas, que es el vehículo para las catexias en ϕ y ψ y que, cuando llega a ω (tercer tipo de neuronas cuya función, de servir de soporte a los procesos de percepción-consciencia, forja Freud) se transforma en calidad. Esta noción de período es a la vez un homenaje a Fliess (que distinguía la masculinidad y la feminidad o que recogía los momentos críticos de la existencia según sus períodos), una transposición a la psicología de un fenómeno familiar para los físicos y la toma en consideración de una variable temporal del aparato psíquico. (Yo añado que es la intuición del papel de la resonancia o de la disonancia rítmica en la instauración del Yo-piel o en la de sus fallas). La cantidad que forma un continuo hacia el exterior está «en principio reducida, después limitada por corte». Las cualidades, por el contrario, son discontinuas, «de tal manera que ciertos períodos ni siquiera pueden actuar como estímulos» (S. E., I, 315; O. C., I, 226). «La cantidad de la excitación ϕ se expresa en ψ por la complejidad, su cualidad se expresa por la topografía, dado que, de acuerdo con las relaciones anatómicas, los distintos órganos neuronales sólo se comunican a través de ϕ con determinadas neuronas ψ .» (S. E., I, 315; O. C., I, 227). Esta sexta función de las barreras de contacto podría resumirse diciendo que sirven para separar la cantidad de la calidad y para llevar a la conciencia la percepción de las cualidades sensibles, especialmente la del placer y la del dolor.

8) De las propiedades relativas a la cantidad resulta que el conjunto de las neuronas ψ , a diferencia de las neuronas ϕ , pueden registrar modificaciones y servir de soporte a la memoria. La alteración por

el paso es la que «ofrece una posibilidad de representar la memoria» (S. E., I, 299; O. C., 215). «La memoria está representada por las facilitaciones existentes entre las neuronas ϕ » (S. E., I, 300; O. C., I, 215). «Existe una ley fundamental de asociación por simultaneidad (...) que constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas ψ . Comprobamos que la consciencia (es decir, la catexia cuantitativa) pasa de una neurona α a otra β , siempre que la α y β hayan sido, en algún momento, catectizadas simultáneamente desde ϕ o desde alguna otra parte. En otros términos, la catectización simultánea $\alpha - \beta$ ha llevado a la facilitación de una barrera de contacto» (S. E., I, 319; O. C., I, 220).

Independientemente del caso muy particular de la experiencia de satisfacción, existe una separación entre la memoria y la percepción. Para que esta separación tuviera fundamento, Freud propuso dos tipos de neuronas: unas duraderamente alterables, es decir, susceptibles de abrirse (las neuronas ψ), las otras inalterables, siempre preparadas para recibir nuevas excitaciones, o bien pasajeramente alterables, ya que se dejan atravesar por las cantidades pero vuelven a su estado anterior cuando la excitación ha pasado (las neuronas ϕ). Esta separación de la memoria y de la percepción, que no se reduce únicamente a la acción de las barreras de contacto, es, no obstante, imposible sin ellas.

La red de la red de las barreras de contacto constituye, así, lo que propongo llamar una superficie de inscripción, distinta de la pantalla para-cantidades a la que se encuentra pegada para su protección.

Como conclusión, las barreras de contacto tienen una función de triple separación del inconsciente y del consciente, de la memoria y de la percepción, y de la cantidad y de la calidad.

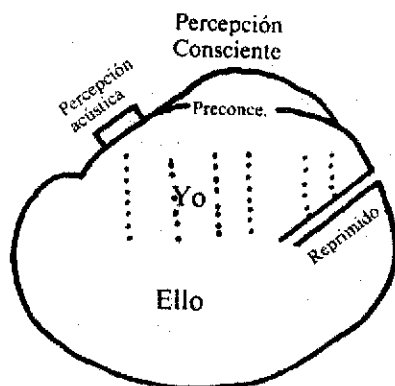
Su estructura es la de un envoltorio bifaz disimétrico (aunque la noción de envoltorio no hubiera sido afirmada aún por Freud), una faz vuelta hacia las excitaciones del mundo exterior, transmitidas por las neuronas ϕ , protegida por una pantalla para-cantidades; una faz interna vuelta hacia la *Körperinnerperipherie* (la periferia interna del cuerpo). Las excitaciones endógenas no se pueden reconocer si no se relacionan con el caso precedente, es decir, si no están proyectadas hacia el mundo exterior, asociadas a representaciones visuales, auditivas, táctiles, etc. (cf. los «restos diurnos» del sueño) y finalmente registradas por la red de barreras de contacto. Se deduce, así, que las pulsiones no son identificables más que a través de sus representantes psíquicos.

Sin embargo, el sistema psíquico no es independiente, y Freud insiste en ello: al principio está consagrado a la *Hilflosigkeit* (al desamparo originario) y necesita de la intervención de la madre como fuente de la vida psíquica.

El Yo como interfaz

En 1923, en el capítulo 2 de «El Yo y el Ello» (capítulo subtítulo «El Yo y el Ello»), Freud redefine la noción de Yo, realizando con ello una de las piezas maestras de su nueva concepción del aparato psíquico.

Esta definición está ilustrada por un esquema, durante mucho tiempo olvidado por los traductores franceses y por los comentaristas de Freud, que se apoya en una comparación de naturaleza geométrica. El dibujo y el diagrama de la comparación van en el mismo sentido: el aparato psíquico ya no está pensado esencialmente en una perspectiva económica (es decir, de transformaciones de cantidades de energía psíquica); la perspectiva topográfica tiene más importancia; la antigua tópic (consciente, preconsciente e inconsciente) se ha conservado pero profundamente renovada con la integración del Yo y del Ello dibujados en superposición en el esquema. El aparato psíquico se hace representable, desde un punto de vista topográfico y conceptualizable, en términos de tópic subjetiva.



Las abreviaturas utilizadas arriba son traducciones de las de Freud:

Pept.-Cs:	Percepción-Conciencia	(W-BW) (<i>Wahrnehmung-Bewusstsein</i>)
Pes.:	Preconsciente	(Vbw) (<i>Vorbewusstsein</i>)
Acust.:	(Percepciones) acústicas	(Akust) (<i>Akustischen Wahrnehmungen</i>)
Yo:		(Ich)
Ello:		(Es)
Reprimido:		(Vdgt) (<i>Verdrängte</i>)

Así está presentado por Freud este esquema en «El Yo y el Ello» (G.W., 13, 252; S.E., 19, 24-25; O.C., III, 2708).

«Reconocemos en el acto que todas las diferenciaciones que la patología nos ha inducido a establecer se refieren tan sólo a los estratos superficiales del aparato anímico, únicos que conocemos. Todas estas circunstancias quedan gráficamente representadas en el dibujo siguiente, cuya significación es puramente descriptiva. Como puede verse en él (14), y según el testimonio de la anatomía del cerebro, lleva el yo, en uno solo de sus lados, un «receptor acústico (*Hörkappe*).»

La comparación de naturaleza topográfica aparece muchas veces en el texto precedente de Freud, que es fiel a este esquema:

«Sabemos ya dónde hemos de buscar aquí un enlace. Hemos dicho (15) que la conciencia es la superficie del aparato anímico; esto es, la hemos adscrito como función de un sistema espacialmente considerado y no sólo en el sentido del mundo exterior. También nuestra investigación tiene que tomar, como punto de partida, esta superficie perceptora.» (G.W., 13, 246; S.E., 19, 19; O.C., III, 2705)

Después de esta descripción de la conciencia como interfaz viene la articulación de la «corteza» y del «núcleo»; el Yo está explícitamente considerado como «envoltura» psíquica. Esta envoltura no es solamente un saco continente, juega un papel activo en la puesta en contacto del psiquismo con el mundo exterior y en la recogida y transmisión de la información.

«Un individuo es ahora, para nosotros, un *Ello* psíquico desconocido e inconsciente, en cuya superficie aparece el yo, que se ha desarrollado partiendo del sistema P., su nódulo. El yo no vuelve por completo al *Ello*, sino que se limita a ocupar

(14) Desde mi punto de vista, los comentaristas se han equivocado al tomar al pie de la letra esta declaración de prudencia. Freud ha subrayado demasiado el papel mediador de los pictogramas, entre la representación de las cosas y el pensamiento verbal, que se apoyan en la escritura alfabética (aunque sólo fuera para descifrar el jeroglífico del sueño), para no «ver» en este esquema de las preconcepciones que aún no puede verbalizar y que se encuentran en la situación de pensamiento figurativo. Por mi parte, he podido testar la validez de este esquema desplegándolo en el espacio del psicodrama en grupo amplio, facilitando así la construcción de un aparato psíquico grupal (Anzieu D., 1982 a).

(15) Freud remite a *Más allá del principio del placer* (1920), capítulo 4, donde introduce la comparación decisiva del aparato psíquico con la vesícula protoplásmica. El sistema Pept.-Cs. análogo al ectodermo cerebral, está descrito allí como siendo su corteza. Su posición «en el límite que separa el afuera del adentro» le permite «recibir las excitaciones de ambos lados» (G.M., 13, 29; S.E., 18, 28-29; O.C., III, 2517). La cubierta consciente del psiquismo aparece, pues, como lo que los matemáticos llaman ahora una «interfaz».

una parte de su superficie, esto es, la constituida por el sistema P., y tampoco se halla precisamente separado de él, pues confluye con él en su parte inferior (16)» (G.W., 13; S.E., 19, 251; O.C., III, 2707-2708.)

Freud no tiene necesidad de recordar aquí uno de los principios fundamentales del psicoanálisis, según el cual todo lo que es psíquico se desarrolla con referencia constante a la experiencia corporal. Yendo directamente al resultado de una forma tan condensada que puede parecer elíptica, precisa de la experiencia corporal de la que procede específicamente el Yo: la envoltura psíquica deriva, por apuntalamiento, de la envoltura corporal. El «tocar» está especialmente consignado por él, y la piel lo está indirectamente bajo la expresión de «superficie» del «propio cuerpo»:

«En la génesis del yo, y en su diferenciación del *Ello*, parece haber actuado aún otro factor distinto de la influencia del sistema P. El propio cuerpo, y, sobre todo, la superficie del mismo, es un lugar del cual pueden partir simultáneamente percepciones externas e internas. Es objeto de la visión, como otro cuerpo cualquiera; pero produce al tacto dos sensaciones, una de las cuales puede equipararse a una percepción interna (17)» (G.W., 13, 253; S.E., 19, 25; O.C., III, 2709.)

El Yo en su estado originario corresponde, pues, muy bien en Freud a lo que he propuesto llamar Yo-piel. Un examen más minucioso de la experiencia corporal sobre la cual se apoya el Yo para constituirse, nos llevaría a tener en consideración por lo menos dos factores no tomados en cuenta por Freud: las sensaciones de calor y frío que igualmente proporciona la piel, y los intercambios respiratorios, concomitantes de los intercambios epidérmicos y que, incluso, pueden constituir una variante particular. Con relación a los demás registros sensoriales, lo táctil posee una característica distintiva que lo sitúa no solamente en el origen del psiquismo, sino que le permite proporcionarle permanentemente algo que se puede llamar fondo mental, tela de fondo sobre la cual los contenidos psíquicos se inscriben como figuras o, incluso, envoltura continente que hace que el aparato psíquico sea susceptible de tener contenidos (para expresarme como Bion (1967); en esta segunda perspectiva yo diría que primero existen pensamientos y después un «aparato para pensar los pensamientos»; yo añadiría, a la expresión de Bion, que el paso de los pen-

(16) Por otra parte, Freud dice que el Yo es una diferenciación interna del *Ello*. La clínica confirma muy bien esta idea freudiana de un espacio fusional entre el Yo y el *Ello* (cf., el espacio transicional de Winnicott).

(17) Freud subraya *visión* y *tacto*, precisión omitida en la nueva traducción francesa y también en la española.

samientos al pensar, es decir, a la constitución del Yo, se opera por un doble apoyo: en la relación con el niño pequeño, como este autor ha visto claramente, y en la relación, que me parece decisiva, de continencia con respecto a las excitaciones exógenas, relación cuya experiencia recibe el niño de su propia piel, seguramente estimulada en primer lugar por su madre. Lo táctil proporciona, en efecto, una percepción «externa» y una percepción «interna» a la vez. Freud hace alusión al hecho de que siento al objeto que toca mi piel, al mismo tiempo que siento mi piel tocada por el objeto. Por otra parte, rápidamente —se sabe y se ve— esta bipolaridad de lo táctil es objeto de una exploración activa por parte del niño: con su dedo, voluntariamente toca partes de su cuerpo, se lleva el pulgar o el dedo gordo del pie a la boca, experimentando de esta forma, simultáneamente, las posiciones complementarias del objeto y del sujeto. Se puede pensar que este desdoblamiento, inherente a las sensaciones táctiles, prepara el desdoblamiento reflexivo del Yo consciente que ha venido a apoyarse en la experiencia táctil.

Freud se salta este eslabón que acabo de restablecer para enunciar la conclusión que se impone: «El yo es, ante todo, un ser corpóreo (*Körperliches*) y no sólo un ser superficial (*Oberflächenwesen*), sino, incluso, la proyección de una superficie» (G.W., 13, 253; S.E., 19, 26; O.C., III, 2709). A este pasaje corresponde la adición, con la autorización de Freud, a partir de 1927, en la edición inglesa, de la nota siguiente en la que reproduzco, entre paréntesis, los términos ingleses importantes a los que doy una traducción personal:

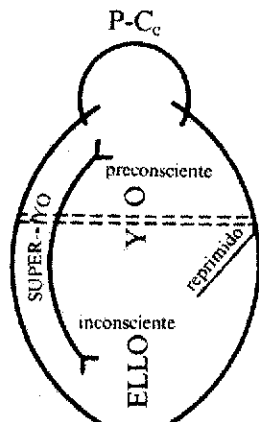
«Dicho de otra forma, el Yo se deriva en último término de las sensaciones corporales, principalmente de aquellas que tienen su fuente en la superficie (*superficie*) del cuerpo, por lo que puede considerarse al Yo como una representación mental de la superficie (*superficies*), y que, por lo demás, como ya lo hemos visto, corresponde a la superficie del aparato mental» (S.E., 19 nota 1; O.C., III, nota 1634).

La última línea del capítulo II de «El Yo y el *Ello*» repite, condensándolo, el mismo enunciado fundamental: «El Yo consciente es ante todo un ser corpóreo (*Körper-Ich*)» (G.W., 13, 255; S.E., 19, 27; O.C., III, 2710). Comentemos: De esta forma la conciencia aparece en la superficie del aparato psíquico; aún mejor, ella es la superficie.

Perfeccionamientos del esquema topográfico del aparato psíquico

El esquema de 1923 vuelve a aparecer con algunas modificaciones en 1932-1933 en la conferencia 31 de las *Nuevas lecciones introducto-*

rias al psicoanálisis (G.W., 15, 85; S.E., 22, 78; O.C., III, «Diseción de la personalidad psíquica», 3145).



Las dos principales modificaciones que aparecen tienen consecuencias importantes. La primera es la introducción del *Superyó*, situado en el interior del Yo, en sustitución del «receptor acústico» que en 1923 está situado en el mismo sitio pero al exterior. El *Superyó* está en ambos casos lindando con la periferia del Yo, pero tan pronto en la cara externa como en la interna. Aunque la idea permanece implícita en Freud, aunque esté sumergida por el texto y por el esquema a la vez, la exterritorialidad del *Superyó* o su interiorización periférica corresponden a unas fases de evolución diferentes del aparato psíquico, y también a formas psicopatológicas distintas; indican, en la cura psicoanalítica, formas diversificadas de interpretación. Notemos también en otro aspecto del estatuto topográfico del *Superyó*, que es el de que ocupa solamente un arco del círculo del aparato psíquico; de aquí la posibilidad (y la necesidad) para prolongar la intuición de Freud, de escribir un tipo diferente de organización psicopatológica en la cual el *Superyó* tiende a hacerse coextensivo a toda la superficie del Yo y a sustituirle como envoltura psíquica.

La segunda modificación observable en este nuevo esquema es la apertura hacia la parte inferior de la envoltura que envolvía completamente el aparato psíquico en 1923. Esta apertura materializa la continuidad del Ello, sus pulsiones en el cuerpo y las necesidades biológicas, pero al precio de una discontinuidad en la superficie. Confirma el fracaso del Yo para constituirse en envoltura total del psiquismo

(fracaso apuntado ya en 1923). Lo que implica una tendencia antagónica y sin duda más arcaica por parte del Ello para proponerse, él también, como envoltura global. Esta doble tensión (entre la continuidad y la discontinuidad de la superficie psíquica, entre las propensiones respectivas del *Superyó*, del Yo y del Ello a constituir esta superficie) se resuelve en una pluralidad de configuraciones clínicas y reclama estrategias interpretativas apropiadas para el exceso o defecto de continuidad o discontinuidad y para la expansividad de una u otra instancia. Estas consideraciones no figuran explícitamente en el texto de Freud, pero me parece que están contenidas en potencia en este nuevo esquema.

A lo largo de esta andadura, he indicado algunas de las características del aparato psíquico que el modelo de una invención técnica material —la pizarra mágica— permite a Freud poner de relieve en 1925. Resumamos estas características:

- La estructura en doble hoja del Yo, la hoja superficial de celuloide que representa el para-excitación (cf. el caparazón, el cuero, las pieles); la hoja de debajo, en papel encerado, que representa la recepción sensorial de las excitaciones exógenas y la inscripción de sus huellas en la tabla de cera.
- La diferenciación, interna al Yo, de la percepción (consciente) como superficie vigilante y sensible (la hoja de celuloide), pero que no conserva lo inscrito, y la de la memoria (preconsciente) que registra y conserva las inscripciones (la tabla de cera)
- La carga endógena, es decir, pulsional, del sistema del Yo por el Ello; esta carga libidinal que es «periódica», «ilumina y apaga» la conciencia, la consagra a la discontinuidad y proporciona al Yo una representación primaria del tiempo.

Propongo completar esta última intuición de Freud, sugiriendo que el Yo adquiere el sentimiento de su continuidad temporal en la medida en que el Yo-piel se constituye como una envoltura suficientemente flexible a las interacciones del entorno y suficientemente continente de lo que entonces se convierte en contenidos psíquicos. Los llamados casos límite sufren, esencialmente, trastornos en el sentimiento de la continuidad del Sí-mismo, en tanto que los psicóticos son atacados en el sentimiento de unidad del Sí-mismo y que los neuróticos se sienten más bien amenazados en su identidad sexual. Las configuraciones topográficas correspondientes necesitan ser identificadas y explicitadas, partiendo del esquema freudiano porporcinado por «el Yo y el Ello» y por «el Bloc maravilloso» y aportándole los desarrollos así como las modificaciones que la clínica hace necesarios.